

sitio, pegada a una obra maestra de mil páginas compuesta por un castellano que escribía en mi lengua madre, y en tercer lugar, allá en el fondo de la biblioteca, a uno, según había escuchado, de los padres de la literatura argentina, que había sacado del olvido a uno de los personajes más representativos de nuestra patria...

No... Evidentemente el orden era otro. Y la cronología seguía siendo el criterio de mi interés. Tuve una idea brillante (después supe que ya otros la habían tenido antes, pero mucho antes): pensar el tiempo al revés. Me dije: porqué poner en primer lugar, por qué privilegiar, lo que ocurrió antes, y luego postergar lo que ocurrió después. ¿Por qué mi biblioteca tiene que reproducir el sentido "real" del tiempo? ¿Por qué no pensar las cosas como las pensó Poe y luego toda la literatura policial y de suspenso? ¿Por qué no darle prioridad a lo más reciente y dejar caer en un compasivo olvido a lo que ocurrió hace mucho y quizá ya no tenga que ver tanto con mi presente, o justamente para ir encontrándole una explicación a esto que hoy pasa? Fue como un sentimiento de rebeldía que me invadió. ¡Ahora sí! Martín Fierro (1872-1879), Quijote (1605-1615), Julio Cesar (1600).

Y así quedó durante un tiempo (unas horas).

Pero a la mañana siguiente algo en mí no estaba conforme con el orden definido la noche anterior. ¿Por qué el tiempo? me dije, por fin.

Entonces pensé en el espacio. Ahora sí la cosa iba quedando clara. Primero la patria, pensé, después la lengua, después el resto, y asentí. El orden resultante es obvio: Martín Fierro (Argentina), Quijote (España), Julio César (Inglaterra).

Ese orden me dejaba levemente contento por más de un motivo. El primero de ellos era el de sentirme un patriota, además se correspondía con mis placeres de lectura (sin emplear un criterio enteramente subjetivo como hubiera sido el del gusto), si bien Cervantes, en ese caso, hubiera precedido sin duda a nuestro José; y el otro era que estéticamente, a la vista quiero decir, quedaba mejor, puesto que quedaban primero los libros de mayor tamaño y por último el endeble y flacucho tomo del inglés.

Dicho orden duró hasta la noche. Esa noche sentí algo de vergüenza al caer en la cuenta de lo que había hecho. Había privile-

giado criterios que, si bien algunos son más inherentes a la obra que otros, todos caían en el facilismo de pensar en el orden de una biblioteca sin pensar en la literatura. Bien sabía yo que nada tenía que ver el Martín Fierro con el Quijote, literariamente hablando, y por lo tanto no podían estar uno al lado del otro sugiriendo la proximidad espacial una proximidad literaria de la que carecían. Era obvio que el libro de Cervantes, con sus teatrales diálogos en forma de payadas, tenía mucho más que ver con el drama de Shakespeare que con la narrativa exposición cervantina. Había que sacarse esa vergüenza y entonces opté por ese criterio "genérico" que me sacaba de un bochorno inconfesable. Decidido. Shakespeare y Hernandez irían juntos. Los puse al final. Primero iría Cervantes como jefe de la literatura que era. Y así quedó. Creo que por dos o tres horas.

Pero ya no seguiré contando los sucesivos órdenes que fui probando porque ni siquiera los recuerdo y además no ignoro que puede parecer, para algunos, impropio. Entonces no detallaré los órdenes de "colores de portadas", "colores de lomos", "gusto" al fin, "influencias", "grados de popularidad", "perdurabilidad", "semejanzas en las texturas", "calidad de las ediciones", etc., juro, etc., confieso, etc.

No voy a revelar cuáles son los criterios actuales del ordenamiento de mi biblioteca que, por otro lado, ya ha superado, afortunadamente, los tres libros del comienzo que tantos dolores de cabeza me trajeron. Y no lo cuento, no por temor al aburrimiento de un lector ya quizá resignado o disperso, no por pereza memorística, no. No lo cuento porque he comprendido que el ordenamiento en una biblioteca de esas cosas que son los libros, la disposición voluntaria o involuntaria de esos rectángulos de cartón, de esos pedazos de pretéritos árboles, ese ordenamiento, digo, es, queramos o no, una confesión. Ese ordenamiento habla de mí, de mis preferencias, de mis gustos, de mis prioridades, espacio o tiempo, ser o parecer, sujeto u objeto, pequeñas cositas de las que se ha encargado el hombre desde, por lo menos, 2500 años, sin tregua. No lo digo, no detallo el orden actual de mi biblioteca, decía, porque todo orden de una biblioteca es una confesión, un acto de nudismo, una autobiografía o un autorretrato, un diario íntimo arrojado al aire, una publicación de la privacidad.

Y la desnudez la guardo, perdón, para el amor o la poesía.